

E 822-842

Manuel Blanco

DD) 3873

Entre las figuras que dan a Chile su estatura intelectual en el siglo pasado, la de Manuel Blanco Cuartín es una de las más sólidas. Con Justo Arteaga Alemparte, Zorobabel Rodríguez y Rafael Egaña dió un nivel intelectual a la prensa chilena que pronto llamó la atención en el extranjero.

A Blanco Cuartín le favoreció mucho el ambiente familiar. Su abuelo Lorenzo Blanco Cicerón, natural de Galicia, fue ilustre Oidor de la Real Audiencia de Buenos Aires; su padre, Ventura Blanco Encalada, fue escritor, ministro en varias oportunidades y también decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile; su tío Manuel Blanco Encalada, el primer Contra-Almirante y Presidente de la República en 1826, lucido representante del país en Francia, también fue de cultura superior.

Aunque creció leyendo y rodeado de personajes intelectuales, Manuel Blanco se inició como estudiante de Medicina. Sólo el riesgo de sordera, mal que ya lo aquejó a los 25 años de edad, lo inclinó hacia la comunicación escrita, literaria y periodística.

Dueño de un idioma rico y muy castizo, señalado como ejemplo por Lastarria, y de gran cultura general, pronto fue redactor en varios diarios. Tanto fue su éxito que se animó a fundar uno propio, "El Porvenir del Artesano", en el que dió rienda suelta a su

interés por la educación popular. Su versatilidad quedó demostrada al publicar una "Historia sobre la Filosofía y la Medicina".

Manuel José Yrarrázabal le entregó la dirección de su diario, pero a Blanco Cuartín le resultó incómoda su relación con el partido Conservador. Pasó entonces a dirigir "El Mercurio" de Valparaíso, su dueño, para quien el diario debía ser "el espejo de Chile y la sombra que lo sigue en todos sus movimientos".

De pluma rápida y culta,

hombre independiente pero de ideas claras, cuando Agustín Edwards Ross compró "El Mercurio", lo mantuvo en el cargo. Jamás debió arrepentirse. Con Manuel Blanco Cuartín el diario no sólo encabezó la prensa chilena, sino que, además, se convirtió para Europa en el indicador de la situación general del país.

Había cumplido ya 20 años en la empresa cuando decidió jubilarse, tal vez por el dolor que le produjo la pérdida del libro de memorias que preparaba, el

que desapareció al incendiarse su casa de calle Dieciocho. Testigo y protagonista de su época, buen escritor además, sus memorias debieron ser notables.

Edward Ross, agradecido de su aporte, le mantuvo su sueldo hasta su muerte en 1890, hace un siglo. Casado con Elisa Viel Toro, y luego con Luisa Toro Guzmán, prosiguieron la senda literaria y pública de la familia sus hijos Rafael y Ventura Blanco Viel.

Miguel Laborde

La Prensa Cuervo 31-III-1946 p. 1 supl.